

una moda. Es lo que debía ser. Por eso el estilo de Baroja mereció el más franco y enérgico elogio de Juan Ramón Jiménez y de Ortega y Gasset, que no eran dados al elogio fácil ni difícil.

Así pues el libro de Sebastián Juan Arbó constituye un modelo de diligencia, un esfuerzo de bien ordenada crítica literaria, una decidida intención de enfocar el *caso Baroja* sin prejuicios de ninguna especie. Con este libro redescubrimos al verdadero Baroja. El autor nos ha presentado, sencillamente, a Baroja. Y presentar así, desnudo e íntegro, a Baroja es conocer su genialidad como hombre y como novelista.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

RICARDO GULLÓN, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Eds. Taurus, 1958. (Col. *Diálogos*).

Creo que en México no se ha prestado toda la atención que un libro tan importante como éste merece. No se trata de un reportaje o cosa parecida, donde el preguntador y el preguntado van hilvanando sus ideas hasta dejar un cañamazo más o menos acabado. No; se trata de una espiritual convivencia con el poeta, de la cual resulta el perfil de su personalidad humana y lírica. Debe advertirse que el autor del libro es un escritor de prestigio y además un profesor que conoce los caminos difíciles de la didáctica. De este modo supo sortear las dificultades que ofrecía la materia viva de su empresa. El libro para mí es de particular interés, porque conocí a Juan Ramón en sus últimos años y con él sostuve conversaciones parecidas, que nunca llegué a publicar, como ya he advertido en otra ocasión. Traté al poeta durante su estancia en Washington, en Maryland y en San Juan de Puerto Rico. Como Gullón, frecuenté su casa en Hato Rey, cerca de la Universidad establecida en Río Piedras. De mis charlas con el poeta y Zenobia guardo recuerdos imperecederos, por lo cordiales y por lo sabias. Como dato curioso debo decir que mi hija Juana Inés, que entonces tendría ocho o nueve años, fue amiga predilecta del poeta; con ella se entretenía horas y más horas, y acabó por regalarle un precioso ejemplar de *Platero y yo* con escenas nuevas, manuscritas, de la deliciosa historia. No pocas cosas de las tratadas en las charlas con Gullón las trató también conmigo. En un punto nuestras notas andan un tanto en discrepancia. Juan Ramón siempre me habló con verdadera pasión de su deseo de volver a su Moguer. Cuando tocaba este tema, se adivinaba que le invadía un gran amor y una gran tris-

teza. Tanto me habló de su pequeño mundo lejano, que acabé por formarme una idea cabal de cómo eran no sólo sus paisajes y su clima, sino también sus gentes y hasta creo que sus animales. Juan Ramón se reía cuando alguna vez le advertía que alguna cosilla de su tierra —el pozo, la noria— me recordaba otras parecidas de mi pueblo, de mi lejano rincón de Mérida. El concluía por decirme: "Pues debieron de ser andaluces los pobladores de aquella región". Yo le confesaba mi ignorancia sobre la materia. Le mencionaba algunos apellidos antiguos de mi región, y él me iba diciendo: "No, ése es castellano; ése es gallego, gallego purísimo; ese otro es catalán; ése, ése y ése sí que son andaluces. . ."

El libro de Gullón trae, no sólo como adorno sino como documento, una docena de fotografías relacionadas con Juan Ramón, Zenobia y los lugares en que vivieron en la isla de Puerto Rico. Son fotografías preciosas, cordiales, íntimas, sin pose ni artificio alguno. De ellas mismas se puede sacar la imagen física (y creo que hasta espiritual) del poeta. Por ellas se ve su pulcritud, su gusto, su recato, su silencio y hasta ese su porte tan digno, tan señorial, que nunca le abandonó ni en los momentos más caseros o de mayor confianza.

Gullón mezcla las conversaciones que sostuvo con el poeta con fragmentos del *diario* personal que escribió mientras fue profesor visitante de la Universidad de Puerto Rico. Por el *diario* me doy cuenta de que trató a las mismas personas que frecuenté durante mis visitas a San Juan. Gullón vivió en San Juan de 1933 a 1955; pero, como advierte, sólo durante el primer año le fue posible realizar aquellas conversaciones, ya que después sobrevino la enfermedad de Juan Ramón, y se hizo difícil todo coloquio.

Por fortuna, no se trata de un libro de conversaciones apoyadas en preguntas y respuestas, como las que se hacen en los cuestionarios oficiales. No. Se trata de una serie de charlas frescas, naturales, hasta imprecisas si se quiere, donde la pregunta no es sino un leve acicate para provocar el discurso del poeta. Del conjunto de estas charlas podría ordenarse, con método y seriedad, una verdadera tesis sobre la historia y la estética de la poesía contemporánea de España y de América. Merece la pena intentar esta tarea; alguien sin duda la emprenderá. Juan Ramón tenía una capacidad crítica excepcional y un poder admirable para captar lo esencial de lo que significa el hombre y la obra literaria. No fue nunca Juan Ramón hombre de libros y de notas y de estadísticas, pero sí —¡y en qué forma!— hombre de clara meditación, y sobre todo, sujeto de poderosa capacidad de síntesis. Las malquerencias de Juan Ramón con otros poetas están apuntadas con discreción maestra, y queda siempre la razón o la sinrazón

de la misma soslayada por el respeto a los contendientes. Aunque a decir verdad —como también advertí alguna vez en otro sitio— yo nunca oí a Juan Ramón una palabra agria o destemplada y menos injusta para nadie. Cuando decía algo “en contra de alguien”, siempre advertí un punto de apoyo en lo cierto y en lo veraz. Podía exagerar la censura, pero siempre partía de una verdad incontrovertible. Casi siempre acontece esto: los inmediatos niegan al padre y aplauden al abuelo. Fenómeno de perspectiva y también de amor propio. El tiempo ha de reconocer muchos puntos de observación de Juan Ramón. En sus elogios fue siempre claro y certero. Pocos han dicho verdades más agudas y más altas que él cuando se refería, por ejemplo, a la prosa y el arte de novelar y a la dignidad personal de Pío Baroja. Sucedió esto mientras otros escatimaban el mérito del genial novelista. En aquella actitud de elogio coincidía con Machado, con Ortega y Gasset y con Azorín. Buenos valedores. La opinión de Juan Ramón sobre el rumbo de la poesía española desde los tiempos antiguos, no deja de ser original y es fácil de comprobar. Para Juan Ramón (mil razones detrás) la poesía española fue esencialmente simbolista, metida *dentro* de sí, o del ser mismo. Con qué tino percibe Juan Ramón los valores de la poesía americana, sobre todo cuando ésta anda como zarandeada por la moda de la corriente literaria. Así reconoce la validez de la obra de Silva, de la de Agustini, y desdeña lo *barato* de Gutiérrez Nájera y de Neruo. Y luego evoca al español José María Lima, que ofrecía no sólo promesas, sino auténticas realidades poéticas.

Para seguir el proceso de creación de la obra de Juan Ramón, este libro no tiene precio. En ninguno que yo recuerde se aborda con tanta precisión este casi escabroso tema.

En síntesis, la vida y la obra de Juan Ramón Jiménez están presentes en este libro, escrito con amor y con sentido crítico. Llama la atención desde luego esa especie de identidad que existió siempre entre su vida y su obra. Parece que Juan Ramón quiso cumplir con el precepto de Fernández de Andrada: “Iguala tu vida a tu pensamiento”. Esto lo realizó sin esfuerzo, con naturalidad de quien actúa con llaneza, con sencillez, con el movimiento más elocuente del espíritu.

Terminan las páginas del libro con una evocación de los últimos días de Zenobia y de Juan Ramón. Son páginas veladas por las lágrimas. Todo está dicho como deseando no decirlo. Zenobia y Juan Ramón se esfuman en la isla y dejan un perfume que perdura en el paisaje, en los rincones y también en el alma de las personas que los trataron. Algo superior poseía esta pareja admirable, que de tal manera logró sembrar afecto, confianza y poesía. Ahora están en tierras de España. El retorno que en vida soñó Juan Ramón en unión de

Zenobia se realizó al fin. El *Museo Zenobia-Juan Ramón*, abierto en una sala de la Universidad de Puerto Rico, conserva un verdadero tesoro artístico y personal, al cual tendrán que acudir los devotos de la obra de ambos personajes. Poco antes Juan Ramón donó a la Biblioteca del Congreso, en Washington, una valiosísima colección de cartas de los más ilustres escritores de su tiempo. El libro termina con estas palabras emocionantes: "Zenobia murió con una canción en los labios y una alegría en el corazón; Juan Ramón, sintiéndose cerca de su madre y de su Moguer natal. Y ahora están allí los dos, reunidos para siempre, tranquilos, invulnerables. En lo alto, y dentro de nosotros, queda el recuerdo, y en el corazón de los hombres su poesía viva...".

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ, *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1963; 539 pp. (Col. Guadarrama de Crítica y Ensayo, 39).

Tuvieron que transcurrir 25 años desde que terminó la guerra civil de España y se inició el exilio de decenas y decenas de miles de españoles, para que alguien en Madrid, un investigador y crítico de la literatura, se diera a la tarea de conocer y estudiar a fondo la obra de sus compatriotas dispersos por el mundo.

Ese investigador, que ya sólo por la empresa que se propuso merece el respeto, el reconocimiento y la admiración de todos los españoles, lo mismo de fuera que de dentro de España, se llama José R. Marra-López. Su primera publicación, aparecida en 1963, se refiere a la *Narrativa española fuera de España* realizada entre los años de 1939 y 1961. Pronto dará también al público una antología de poetas en el destierro, a la que seguirá un extenso estudio de los mismos, y más tarde ofrecerá en otro libro un panorama crítico de los ensayistas españoles exilados.

Así es como la literatura de la España peregrina empieza a incorporarse a la historia de la cultura española contemporánea escrita en España. Los intentos anteriores de otros críticos peninsulares en ese sentido, algunos muy valiosos y generosamente concebidos, se habían limitado al estudio de casos aislados, siguiendo generalmente el rastro de unos pocos autores ya famosos en su patria antes de la guerra.

Muchos motivos explicaban esa omisión. El primero, dada la tensión política existente, era la imposibilidad de plantearse el estudio